

operadores cortan y tiran. Uno está á los pies; el segundo, viejo matarife sardónico, tiene un cuchillo en la mano que hará bien su oficio, y mete la otra en las entrañas, que van á parar á un cubo. El tercero extirpa los ojos, y la boca contraída del cadáver parece gritar. Entre tanto, un perro echa el diente al corazón que está en el suelo; fémures y cráneos hierven en una caldera, y alrededor los doctores cambian con sangre fría bromas quirúrgicas sobre el sujeto que el escalpelo va deshaciendo trozo á trozo.

Diréis que lecciones de ese gusto son buenas para bárbaros, y que no os cautivan predicadores como de Foe, Hogarth, Smollett, Richardson, Johnson y demás; yo respondo que los moralistas son útiles, y que éstos han transformado una barbarie en civilización.

CAPITULO VII

LOS POETAS

- I. Dominación y dominio del espíritu clásico.—Sus caracteres, sus obras, su alcance y sus límites.—Cómo tiene su centro en Pope.
- II. Pope.—Su educación.—Su precocidad.—Sus comienzos.—*Las Pastorales*.—El *Ensayo sobre la crítica*.—Su persona.—Su género de vida.—Su carácter.—Pobreza de sus pasiones y de sus ideas.—Magnitud de su vanidad y de su arte.—Su fortuna independiente y su trabajo asiduo.
- III. La *Epístola de Eloisa á Abelardo*.—El *Robo del rizo*.—La sociedad y el lenguaje de sociedad en Francia y en Inglaterra.—Cómo es violenta y desagradable en Pope la nota festiva.—La *Estulticiada*.—Suciedades y trivialidades.—Cómo son inconciliables la imaginación inglesa y el talento de salón.
- IV. Su talento descriptivo.—Su talento oratorio.—Sus poemas didácticos.—Por qué esos poemas son la obra final del espíritu clásico.—El *Ensayo sobre el hombre*.—Su deísmo y su optimismo.—Valor de sus concepciones.—Cómo se relacionan con el estilo reinante.—Cómo se deforman en manos de Pope.—Procedimientos y perfección de su estilo.—Excelencia de sus retratos.—Por qué son superiores.—Su traducción de la *Ilíada*.—Cómo ha cambiado el gusto desde hace un siglo.
- V. Desproporción entre el espíritu inglés y los convencionalismos clásicos.—Prior.—Gay.—La pastoral antigua es imposible en los climas del Norte.—El sentimiento del campo es natural en Inglaterra.—Thompson.
- VI. Descrédito de la vida de salón.—Aparición del hombre sensible.—Cómo la vuelta á la naturaleza es más precoz en Inglaterra que en Francia.—Sterne.—Richardson.—Mackensie.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Macpherson.—Gray, Akenside, Beattie, Collins, Young, Shenstone.—Persistencia de la forma clásica.—Imperio del período.—Johnson.—La escuela histórica.—Robertson, Gibbon, Hume.—Su talento y sus límites.—Comienzos de la edad moderna.

Cuando se abarca de una ojeada la vasta región literaria que se extiende en Inglaterra desde la restauración de los Estuardos hasta la revolución francesa, se ve que todas las producciones, independientemente del carácter inglés, llevan la impresión clásica, y que esta impresión, peculiar de este territorio, no se encuentra, ni en el que precede ni en el que sigue. Esa forma reinante de pensamiento se impone á todos los escritores, desde Waller hasta Johnson, desde Hobbes y Temple hasta Robertson y Hume; hay un arte á que todos aspiran, y á alcanzarle se consagra el trabajo de ciento cincuenta años, práctica y teoría, invenciones é imitaciones, ejemplos y crítica. No comprenden más que una sola especie de belleza; no sientan más preceptos que los que pueden producirla; rehacen, traducen y desfiguran con arreglo á su patrón las grandes obras de los otros siglos; la importan á todos los géneros literarios, y triunfan ó fracasan según se amolda ó no se amolda á ellos. La dominación de ese estilo es tan absoluta que se impone á los más grandes, y los condena á la impotencia cuando quieren aplicarle fuera de su dominio. La posesión de ese estilo es tan universal que se encuentra en los más medianos, y los eleva á las alturas del talento cuando le aplican en su dominio (1). El es el que lleva á la perfección la prosa, el discurso, el ensayo, la disertación, la narración y todas las obras que forman parte de la

(1) En tiempo de Luis XIV, dice Courier, una doncella escribía mejor que el escritor más grande de ahora.

conversación y de la elocuencia. El es el que destruye el antiguo drama, rebaja el nuevo, empobrece la poesía, y produce la historia correcta, agradable, sensata, descolorida y de cortos alcances. Ese espíritu, común en este momento á Inglaterra y á Francia, es el que imprime su imagen en la diversidad infinita de las obras literarias; de modo que, en su ascendiente por dondequiera visible, no puede menos de reconocerse la presencia de una de esas fuerzas interiores que dominan y rigen el curso del genio humano.

No hay género donde aparezca más manifiestamente que en la poesía, y no hay momento en que aparezca más claramente que bajo la reina Ana. Los poetas acaban de alcanzar el arte que habían entrevisto. Desde hace sesenta años se acercaban á él; ahora le tienen, le manejan, le gastan y exageran ya. El estilo llega á ser á la vez acabado y artificioso. Abrid las obras de cualquiera, de Parnell ó de Philips, de Addison ó de Prior, de Gay ó de Tickell; encontraréis cierto sello de espíritu, de versificación, de lenguaje. Pasad á un segundo; ese mismo sello reaparece; se diría que se han copiado uno á otro. Recorred un tercero; la misma dicción, los mismos apóstrofes, la misma manera de emplear el epíteto y de redondear el período. Hojead el conjunto; con pequeñas diferencias personales, todos parecen vaciados en el mismo molde: el uno es más epicúreo, el otro más moral, el otro más mordaz; pero dondequiera reinan el lenguaje noble, la pompa oratoria, la corrección clásica; el sustantivo va acompañado del adjetivo, su paje; la antítesis equilibra su arquitectura simétrica; el verbo, como en Lucano ó en Estacio, ostenta á cada lado un nombre con su epíteto correspondiente; no parece sino que el verso ha sido fabricado á máquina; tan uniforme es la

factura; se olvida lo que quiere decir; dan tentaciones de contar sus pies por los dedos; se sabe de antemano qué galas poéticas van á adornarle. Tiene un atavío de teatro: oposiciones, alusiones, elegancias mitológicas, reminiscencias griegas ó latinas. Tiene una solidez de escuela: máximas sentenciosas, lugares comunes filosóficos, desarrollos morales, exactitud oratoria. Creeríais estar delante de una familia natural de plantas; si el tamaño, el color, los accesorios y los nombres difieren, el tipo, en el fondo, no varía; el número de estambres es el mismo, y están insertos del mismo modo, alrededor de pistilos semejantes y por encima de hojas dispuestas de la misma manera; el que conoce la una conoce las otras; hay un órgano y una estructura común que entraña la comunidad de lo restante. Si recorréis toda la familia, encontraréis, sin duda, alguna planta notable que manifiesta el tipo en plena luz, mientras que, alrededor y por grados, el tipo va alterándose, degenera y acaba por perderse en las familias inmediatas. Aquí, de igual manera, se ve al arte clásico encontrar su centro en los próximos á Pope y sobre todo en Pope, luego borrarse á medias, mezclarse de elementos extraños, hasta que llega á desaparecer en la poesía siguiente.

I

En 1688 nació en Londres, en una lencería de la calle de los Lombardos, una criaturita delicada y enfermiza, artificial por naturaleza, hecha de antemano para la vida de gabinete, sin gusto más que por los libros, y que, desde su más tierna edad, cifró todo su

placer en la contemplación de los impresos. Copiaba sus letras, y así aprendió á escribir. Pasó su infancia á solas con ellos, y fué versificador desde que supo hablar. A los doce años había compuesto una tragedia inspirada en la *Iliada*, y una oda sobre la soledad. De los trece á los quince hizo un gran poema épico de cuatro mil versos, titulado *Alcandre*. Durante ocho años, encerrado en una casita del bosque de Windsor, leyó «todos los mejores críticos, casi todos los poetas ingleses, latinos y franceses que tienen un nombre, Homero, los poetas griegos, y algunos de los grandes en el original, Tasso y Ariosto en las traducciones», y esto con tanta asiduidad que estuvo á punto de morir. No eran pasiones lo que allí buscaba; era estilo; no ha habido adorador más devoto de la forma, no ha habido maestro más precoz de la forma. Ya se anunciaba su gusto: entre todos los poetas ingleses, su favorito era Dryden, el menos inspirado y el más clásico. El descubría su camino; un inteligente, mister Walsh, «le animaba diciéndole que había aún un camino donde brillar, porque si los ingleses tenían varios grandes poetas, no habían tenido nunca un gran poeta *correcto*; y le estimulaba á hacer de la corrección su estudio y su fin». El seguía este consejo, se ejercitaba en traducciones de Ovidio y de Estacio y en arreglos del viejo Chaucer. Se apropiaba todas las excelencias y todas las elegancias poéticas, y las almacenaba en su memoria; disponía en su cabeza el diccionario completo de todos los epítetos afortunados, de todos los giros ingeniosos, de todos los ritmos sonoros con que se puede realzar, precisar y aclarar una idea. Era como esos músicos infantiles portentosos que, adiestrados en el piano, alcanzan de repente un mecanismo maravilloso, y ejecutan las esca-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1626 MONTERREY, MEXICO